

“Si no puedes ser lo que eres, sé con sinceridad lo que puedas”

(Henrik J. Ibsen).

1.-

*(Mientras Helen Sjöholm canta, a pulmón henchido, “Du Måste Finnas”, se aprecian, a través de los penetrantes ojos de un águila albina que surca los cielos, con su curiosa cabeza en forma de casco vikingo, las imágenes grises de una ciudad portuaria que se antoja muy del Norte de Europa, destacándose en ella un cierto aire decimonónico.*

*Su silueta alada, con majestuosa solemnidad, alumbra de un color blanco intenso los numerosos lugares por los que va pasando, produciendo el efecto de cambiar algunos de ellos por otros de aspecto e imagen más modernos.*

*¿Magia o Poderío?*

*La de dos árboles aburridos de soportar el paso, y también el peso, de las estaciones. En el poblado bosque en el que se encuentran, llevan años preguntándose, sin haber alcanzado todavía un acuerdo, sobre la conveniencia de aflorar, con un movimiento coordinado de sus raíces, los restos de un cadáver que, en algún momento, fue enterrado equidistante entre ambos y que, ante la indiferencia de la Vida, se pudre con la paciencia de la que está hecho el tiempo. No se sabe si, en el supuesto de que esto ocurriera, sería una demostración de magia o, acaso, de poderío.*

*La de una joven que, frente a un libro de Álgebra, estudia, con evidente aplicación, en la escribanía de su habitación, con el fin de adquirir una formación que le valdrá hoy, no sé mañana. Y sin poder afirmar, además, si aprobar el examen para el que, supuestamente, se prepara, será un ejemplo de magia o de poderío.*

*La de una pareja que, en un dormitorio, discute acaloradamente, mientras que su hijo, de pocos meses, se levanta del suelo por su propia iniciativa y empieza a dar sus primeros pasos, vacilantes, hasta que se cae y rompe en un sollozo, aunque sin lograr interrumpir –por falta de magia o de poderío- el baldío entretenimiento de los padres.*

*La de un grupo de banqueros prominentes, solo de vientre y cuenta corriente, que se hablan entre dientes, en un rumor apenas audible, en el interior de una sauna, mientras expulsan entre risas –pero sin saber si es un truco de magia o una muestra del poderío de sus cuerpos- las toxinas que han acumulado a interés compuesto.*

*La de un oriental obeso, con moño, sentado sobre una cama, con las piernas cruzadas, sus pequeñas manos reposando sobre las rodillas, los ojos cerrados, en señal de profunda meditación. Transcurridos unos segundos, con enorme dignidad y aplomo, se levanta, coge una daga y, siguiendo un extraño ritual, se abre el vientre. Pero, ignorándose los valores atribuibles a los factores magia y poderío, tras cometer “seppuku”, no cae ni una sola gota de sangre, sino el manojito de cabello que llevaba recogido en un moño.*

*La de un señor de pelo blanco, grasiento, pegado al cráneo, que, de espaldas, se le ve rodeado de códigos legales, ocupado en raspar con una pequeña cuchilla lo escrito en ellos, corrigiéndolo después, a mano, con una pluma. Transformaciones que no juzgaremos si son producto de la magia o, quizás, del poderío.*

*La de una anciana que se mira, en un espejo de cuerpo entero. También la de una anciana que se mira en un espejo, de cuerpo entero. La de quien, haciendo acopio de valor, se quita la ropa, quedándose en la sórdida intimidad de unas prendas que pugnan por huir, porque le resbalan por su cuerpo hecho de estrías y jabón mojado. La de quien, primero, se mira con ojos críticos; luego, tristes. La de quien arruga un par de calcetines y los introduce en un sujetador donde hace tiempo dejaron de oírse voces para dejar paso a los ecos. La de quien se coloca una falda de color rojo que, además de su abertura lateral, le queda, grotescamente, por encima de las*

*rodillas. Ahora se contempla y se gusta. ¿Magia o poderío? Apaga la luz y se marcha, oyéndose el quedo cerrar de una puerta.*

*La de un hombre que, con el pelo revuelto y las ropas manchadas de tierra -diríase que es un agricultor que ha finalizado su duro trabajo diario-, se dirige, con un pitillo entre los dedos, a una iglesia. Tira al suelo la colilla, con manifiesto descuido. Entra, mostrando el respeto debido al sagrado lugar. Se arrodilla. Se santigua. No se sabe cuál es la razón que lo anima, pero se dirige a un confesonario, situado debajo de una ventana, y ocupa el recinto interior, destinado al ministro. Al poco, un señor con tonsura y alzacuellos, que hasta ese momento parecía adormecido, se levanta del banco que ha estado ocupando. Antes de marcharse, y dando a entender las dudas en que se debate, se aproxima al lugar dedicado a la confesión. Reclinado, en actitud contrita, solo se oye un rumor. El improvisado confesor, con los ojos desorbitados, hace gestos de incredulidad, llevándose las manos a la cabeza. La penitencia es la magia. La absolución de los pecados, su poderío. Cuando este suplantador de funciones religiosas consigue escabullirse, (mal) enriquecido con el saber que acaba de adquirir, puede verse, detrás de él, cómo una fina, pero constante, columna de humo asciende rumbo al cielo.*

*Luego de presenciar todo lo que hemos indicado, el águila se detiene sobre una de las estatuas del Parque Vigeland, como para descansar y sacudirse la humedad que lleva impregnada en las alas. Lo hace sobre la del gigante desnudo que, acaso por atribuirles el dudoso honor de molestos moscardones, trata de zafarse, con denuedo, de cuatro pelones bebés que parecen acosarle. Después de mirar unos instantes a su alrededor, desde la atalaya que simula la pierna elevada de esta mole estatuaria, con un porte desenvuelto, señorial y hasta ofensivamente orgulloso, alza de nuevo, briosa, el vuelo.*

*Coincidiendo con el final de la canción, desde más allá de la burra panza que oculta los cantiles del firmamento, se oye decir, con una voz gutural acompañada de un silbido, como si fuera el mensaje de esta ave:*

*“CRISTIANÍA. Aquí no necesitamos meteorólogos. Sabemos siempre que va a hacer frío”).*

Hoy, además, llueve. Un relámpago ha iluminado la ciudad. Luego, un trueno le ha sacado de la sordera en que vive. Las viviendas, en estas latitudes, son oscuras, miserables y deslavazadas. Esto no es un secreto. También su casa lo es. Su nombre es Birger. Se confiesa encantado de contarles esta historia. Se rumorea que representa un caso único de ubicuidad y, aunque ahora no le crean, no tardarán en sospecharlo.

Claro que la casa de Don Cristian, el médico castrense, necesariamente había de ser más grande, pese a que su economía no pasara de ser modesta. Disponía de un pequeño jardín, que el doctor cuidaba con cierta regularidad y esmero, aunque los juegos atolondrados de sus hijos, más de una vez, se lo echaran a perder. Un tallo tronchado o una flor degollada por la corola se erigían en pruebas irrefutables del delito. Cuando aquél se apercibía de algún destrozo vegetal, su malhumor se expandía hasta la esfera de lo insoportable, desapareciendo cualquier traza pasada de la afabilidad que le era connatural. Se sucedían, entonces, ásperas arengas a los niños, para que en lo futuro mostraran más respeto por esas pobres plantas que él cultivaba con la mayor de las devociones. ¿Sermones? Para él, admoniciones mil veces proferidas. Para los niños, apenas reproches, cantinelas repetidamente escuchadas. No intervenía en esta falta de aprendizaje ninguna torpeza, sino la más pura rebeldía juvenil. En resumen, se exhibían, sin pudor, los eternos destellos de la infancia.

*“Sophie, qué fastidio, nuestro padre tan obsesionado, como siempre, con el dichoso jardín”*, le decía el pequeño Edvard, en estas situaciones, a su hermana.

Edvard era un niño de unos ocho años, muy delgado, rubio, y con el gesto entristecido de quien no ha podido disfrutar mucho tiempo de la compañía de su madre. La tuberculosis, un funesto día, penetró en ella con mella, y aguantó hasta que, resumiendo, la pobre Laura Catherine no pudo más... Entonces, juntos -a la madre; y, también, al huésped asesino que se había alojado en su interior- los enterraron familiarmente.

Sophie, rubia como Edvard, era de tamaño más menudo, a pesar de ser dos años mayor. Compartía con él –realmente con todos sus hermanos; también con Laura, con Inger y con Andreas- ese halo gríseo que ensombrece el rostro de quien ha sufrido la pérdida temprana de un ser querido; rasgo éste que, en ella, aparecía realzado por el color lívido de su tez. Una palidez que delataba, inequívocamente, que la salud no le sobraba a la niña.

El Dr. Christian M., desde que su esposa se despediese de este mundo, dejándoles a él y a sus hijos en situación de desamparo y desconsuelo, se pasaba largas horas leyendo en el estudio de su casa. Muchos días, con un libro y una taza de café en la mano, el amanecer solía sorprenderle. Bisbiseaba las palabras. Exactamente en eso, en un simple bisbiseo, había convertido el sagrado rito de la lectura. A veces, antes de ser pronunciadas, y coincidiendo con que una lágrima, o dos, o muchas, asomaran a sus fatigados ojos después de un recuerdo, apenas furtivo, de Laura, las palabras se diluían en las páginas, perdiendo la silueta de su contorno; o cada vez que releía la carta de despedida de su malograda esposa -en la que, esperanzada, apelaba a un futuro encuentro de la familia en el Más Allá, el cual sería definitivo, con promesa de no separarse nunca más-.

Entonces se mesaba, con crispada desesperación, el poco, encanecido y ralo cabello que le poblaba el cráneo, implorando fervientemente, aunque solo respecto a su persona, que ese festivo y fatídico momento no se hiciera esperar.

En aquel sucucho, atestado de volúmenes de papel amarillento, ajenos a cualquier criterio de orden o concierto, eran tan numerosos los libros de medicina como los de sagas literarias, y no digamos los de historia – entre los que se encontraba el escrito por su renombrado hermano- o, por supuesto, los de astronomía, ciencia ésta por la que sentía una gran afición desde que leyera a Galileo.

El jardín le prodigaba una bocanada de aire, apenas el necesario para mantenerse con vida, compensándole de la atmósfera que, insana y cargada, se creaba por las muchas horas de permanencia en el estudio. Además, le ayudaba a sobreponerse de los arrebatos de asfixia existencial que, con harta frecuencia, le atenazaban.

Luego estaban sus hijos, a los que adoraba con incondicionado fervor paterno. En su relación con ellos, no podía evitar, sin embargo, y a veces muy a su pesar, que se manifestara algún ramalazo de ese espíritu castrense que, imponiéndose sobre cualquier otra consideración, le bullía con fuerza en las venas.

El reloj del comedor, una antigualla de tiempos del rey Federico VI, regalo personal del Comandante en Jefe de la Sección de Rogaland por los servicios prestados durante su tiempo de médico militar en aquel enclave, hizo sonar con pesadez, arrastrando su vetusta y reumática maquinaria, unos estertores campanudos con los que informaba a los habitantes de aquel plácido espacio doméstico que eran las cinco de la tarde. En ese preciso instante algo impactó, con furia y estruendo, contra una de las ventanas de la estancia, haciéndose añicos el vidrio.

El Dr. M. escupió una maldición –maldición que discordaba con su acendrada religiosidad- y salió al jardín, donde pudo ver cómo Edvard, visiblemente azorado, recogía el balón responsable de aquel desgraciado accidente. Con él se encontraba Birger, su inseparable amigo de escuela y, también, de juegos. Éste confesó al doctor que la culpa había sido en exclusiva suya, que pretendía lanzar hacia otra parte el balón pero que, lamentablemente, se había equivocado... Se disculpó o, mejor dicho, lo hizo hasta la saciedad -si es que no fue alguna vez más-, e incluso mostró su entera disposición a que sus padres asumieran el pago de los daños ocasionados.

El galeno rechazó, con un manotazo brusco, a la par que elocuente, el ofrecimiento del muchacho. Lo último que deseaba era tener contacto con los padres de Birger, quienes llevaban, a modo de vitola, el profazo de ser unos anarquistas indeseables, como era notorio en la ciudad. Así, ordenó a Edvard que entrase de inmediato en la vivienda, pretextando para ello lo avanzado de la hora. Además, en breve la tía Karen tendría la cena servida.

La jornada siguiente era día de escuela. El doctor no estaba convencido de que su hijo hubiera hecho los deberes, ya que se sentía cansado de escuchar los reproches de la maestra sobre su falta de aplicación. Seguro que había empleado el resto de la tarde, como solía, en dibujar siniestros monigotes.

Si subiera ahora a su habitación y comprobara, como en otras ocasiones, el sembrado de pinturas sobre el suelo... En fin, mejor no subir.

El doctor cerró la puerta con desmedida energía, de un modo tal que el golpe auditivo que siguió no hacía más que subrayar la acritud de su humor.

A Birger apenas le dio tiempo a esbozar un gesto de despedida. Se sentó en uno de los robustos bancos del jardín, cortó una ramita de romero y se la llevó a la nariz. El aroma le produjo sensaciones agradables. Sin embargo, seguía pesaroso por la desagradable situación en que había puesto a su amigo. Se anudó los cordones de los zapatos, que estaban flojos después de una hora de juegos, ininterrumpidos. Sabía que iba a necesitarlos concienzudamente atados, ya que empezaban a caer goterones que presagiaban una densa cortina de lluvia. Debía apresurarse. Todavía le quedaba una buena carrera hasta llegar a su casa.

Edvard, cuando fue informado de ello, no es que se sorprendiera al verse castigado por su padre a no jugar durante toda una semana.

Su amigo -que, como sabemos, se sabía culpable, y así lo habría confesado, siempre que no fuera ante un tribunal-, fue quien más lo lamentó.

De acuerdo a lo que había ofrecido, al día siguiente, Birger cumplió, más que con su promesa, con su deber, de pagar los vidrios rotos de la ventana. Este gesto responsable, cívico y considerado de sus padres, unido a la mediación de la tía Karen -quien, viendo la injusta obcecación de su cuñado, consideró oportuno intervenir-, no fueron suficientes para que el doctor levantase el castigo a Edvard.

En lo que a éste respecta, contrariamente a lo ordenado por su padre, y como era lógico esperar, no aprovechó el tiempo de reclusión obligada para realizar, en la libertad del exilio de su habitación, los deberes -por supuesto atrasados- de la escuela, sino para trazar, con pulso ágil y desenvuelto, con rabia, cientos de lúgubres dibujos en los que la enfermedad, la muerte, el sufrimiento y la locura emanaban juntos de cada escena -“*enemigos de la*

*humanidad que recibiría en herencia*”, como afirmaría Edvard más tarde, refiriéndose a él mismo-.

Detrás del aura imperceptible de cada figura revoloteaba, prisionero y sojuzgante, un drama, el cual parecía querer escapar del dibujo, aunque lo intentase a través de un simple aleteo, inquietante; ése que, según dicen, es suficiente para perturbar el sosiego de una mirada.